

"Nuestro problema es sobrevivir y resistir y en esto debemos dar todos los empujes necesarios aquí y afuera". Haya (1937).

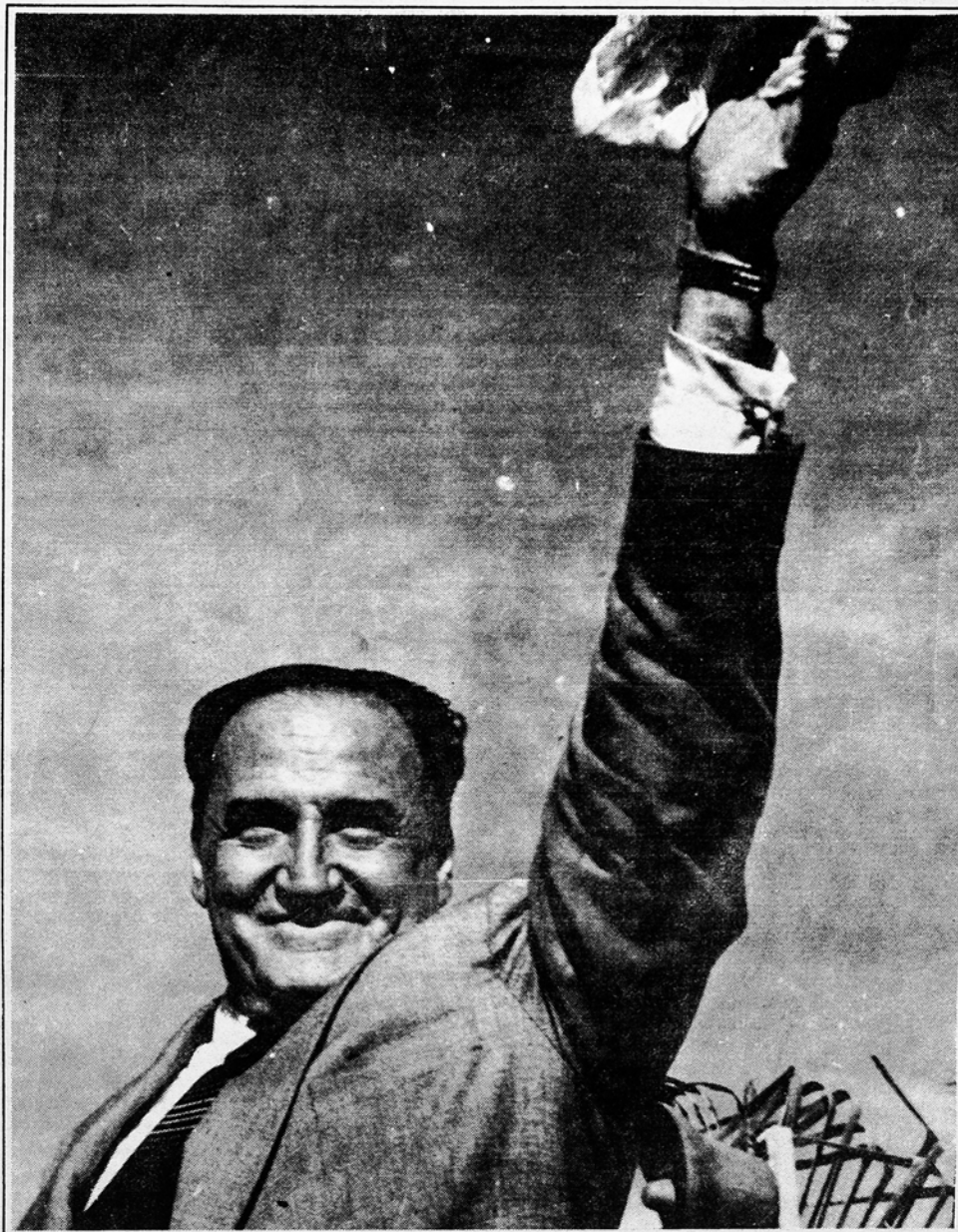
EL POLITICO FRENTE AL INTELLECTUAL



Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez. El político y el intelectual. El fundador del aprismo frente al escritor más prolífico de este país. Estos dos personajes —que se confunden en parte con la historia peruana en el siglo XX—, han evitado ilustrar esa fácil contraposición entre la política y el pensamiento. La eclosión de masas que fue el aprismo en 1930, hace olvidar que junto a la mística se elaboró una ideología coherente pensada a escala continental. Inicialmente, en esa tarea también se empeñó Sánchez con algunas divagaciones sobre la dialéctica o la religión, pero su mayor aporte al aprismo sería constituirse en el cronista del movimiento y el biógrafo de su fundador. El aporte no siempre fue bien recibido, empezando por el propio Haya, quien no se reconoció en las páginas de Sánchez. Ocurre que la militancia en una empresa común fue acompañada por una amistad difícil, no exenta de conflictos y diferencias, que se mantuvo a pesar de los años de destierro y persecución gracias a un constante intercambio epistolar.

Esas cartas, intercambiadas principalmente entre 1933 y 1957, acaban de ser publicadas por la Editorial Mosca Azul (1). Pero el lector que emprenda la lectura de esos dos volúmenes que suman unas 800 páginas, puede experimentar llegando a la segunda o tercera centena, desilusión y desánimo ante un epistolario sumergido en la rutina política. No se encuentra el diálogo clásico entre el intelectual y el político. Es decir: no se discuten, ni se plantean problemas relevantes alrededor del programa, de la organización partidaria, de la doctrina aprista... Todas las páginas aparecen dominadas por el activismo más inmediato, que puede alimentar algunos chismes o proveer de anécdotas, pero que en apariencia no van más allá.

En apariencia, porque algunos pasajes permiten acercarse, como lo señala el propio Sánchez, a la personalidad de Haya: las órdenes que manda a los apristas exiliados, la obsesión por la actividad y el tono siempre imperativo; las constantes críticas y reproches a los exiliados en Chile, esa *Capuaexilia* contrapuesta con la dureza de la clandestinidad en el Perú; la insistencia, casi majadera, en la corrección de sus libros, la precisión de las citas, la enumeración previa de trabajos anteriores: "También les recomiendo que cuando se haga lista de mis libros se anote al pie de cada uno de los agotados la palabra (agotado) y en el caso de aquellos de varias ediciones poner también 1a., 2a., 3a., etc." (p. 69, T.I.). Todo es-



Haya de la Torre a su llegada a Talara, en 1957.

Cartas de Haya EL CAMINO DE DAMASCO

Alberto Flores Galindo

to contrasta todavía más con la escasa discusión sobre el contenido de esas obras.

Para explicar esta omisión se ha recurrido, en algunos comentarios, a evocar las difíciles condiciones en las que esas cartas fueron redactadas. Refugios improvisados, donde era preciso vigilar de noche y dormir de día, procurando evitar el ruido de una máquina de escribir, y al final siempre quedaba la incertidumbre de no saber si la carta, sorteando la vigilancia policíaca, llegaría a su destino. Con esto puede quedar explicada esa redacción casi telegráfica en la correspondencia de Haya hasta 1940, ese estilo completamente desgarrado y donde el pensamiento iba más rápido que la escritura, pero no necesariamente se explica la omisión del debate doctrinario

que cualquiera esperaría en las cartas entre el fundador del partido y su principal intelectual. No lo explica, porque, no obstante las dificultades de la clandestinidad y el exilio, ambos personajes continuaron produciendo. Haya, después de la edición definitiva del *Antiimperialismo* y el *APRA*, se embarcará en otros proyectos —no todos acabados— como el balance de treinta años de aprismo, el análisis del pensamiento de Toynbee y Einstein, la comparación entre Palma y González Prada... Sánchez no cesó de escribir en ningún momento: reseñas de libros, crónicas periodísticas, traducciones, crítica literaria, historia de América, biografías, ensayos políticos: una especie de pavor a la página en blanco.

ENTRE LA CLANDESTINIDAD Y LAS ELECCIONES

Esta tónica general de la correspondencia varía sustancialmente alrededor del año 1943, cuando el país se aproxima a un nuevo proceso electoral y en el horizonte se entrevé la posibilidad de conciliar el orden democrático con un plan de reformas sustanciales. Pero esas cartas transcurren también entre las convenciones apristas de 1942 y 1944, en las que el viraje ideológico del partido conduce a acuñar la fórmula del "Interamericanismo democrático y sin imperio". Son los años de la guerra, de la alianza entre la Unión Soviética y las democracias occidentales, del derrumbe del fascismo y la consiguiente crítica al autoritarismo.

En este contexto se produce una diferencia entre Sánchez y Haya. Hasta entonces, el lector disponía casi sólo de cartas de Haya, con sus pedidos, reproches y órdenes, dejando a la imaginación las correspondientes respuestas, pero para 1943 estamos realmente ante un diálogo, con la diferencia que no gira sobre el cumplimiento de un envío de libros, los derechos de autor o los artículos propagandísticos que no se hicieron, sino sobre cuestiones sustancialmente diferentes. Tres son las que más nos llaman la atención: Sánchez invita a que Haya reflexione sobre qué tanto ha cambiado el país, su clase dominante y su juventud, entre 1931 y el nuevo proceso electoral que se avecinaba; el programa del aprismo parece haber variado en una excesiva aproximación a los Estados Unidos, que lo aleja de una reivindicación democrática como sería —siguiendo a Sánchez— el reconocimiento a la URSS y que incluso enemista al partido con intelectuales progresistas al estilo de Waldo Frank; este tema remite a los mecanismos para las decisiones en el partido que gravitan alrededor de Haya: llegamos así a la verticalidad y el autoritarismo. Contagiado del momento, Sánchez cree que el partido debería escoger entre democracia y dictadura.

Desde estos cuestionamientos surge una imagen inusual de Sánchez emplazado ese año de 1943 en la vertiente izquierda del aprismo. Desde allí hubiera podido profundizar su disidencia, pero se detuvo, no fue más allá, lo que en una discusión política significa que retrocedió. La correspondencia —salvo las opiniones sobre Palma o Toynbee—, volverá a su curso anterior.

La respuesta de Haya fue contundente. Buscó, para emplear un término en boga hace algunos años, aplanar a su interlocutor. Se remontó a los orígenes y recordó una definición elemental del aprismo: el partido, más que doctrina u organización, era una fe, una creencia, una mística, en la que confluían los vivos y los muertos, el presente y el pasado. El aprismo era una especie de camino de Damasco en el que se encontraba esa luz incomprensible pero capaz de tumbar a cualquiera de su cabalgadura y de arrasar con cualquier duda o cuestionamiento. Parafraseando a San Pablo, sin haberlo premeditado, Haya sentenciaba: "*Rota la fe nada queda*" (p. 433, T.I.).

No estamos aquí ante el mito elaborado por una multitud en el que soñaba Mariátegui. La fe aprista no es consecuencia de la historia o de las masas; viene de arriba a abajo y se identifica con la vida misma del fundador del partido. Haya es el *APRA*. Atacarlo es combatir a todos los militantes.

Una fe —planteada de esta manera— no admite discusión. Se la acepta, con todos sus dogmas, sus prácticas esotéricas, sus ritos, o simplemente se la deja

y entonces el antiguo creyente se convierte en hereje, renegado o traidor. Una especie de Judas, para recordar el apelativo con el que Haya se refiere a veces a Eudocio Ravines. Es esta fe, aparte de las circunstancias que se resumen en la clandestinidad o el destierro, el factor que estrecha el horizonte y no deja lugar a la discusión doctrinaria. Cuando la discusión aparece, es sólo porque Sánchez anuncia previamente su retiro del aprismo para el momento que éste llegue al poder, pero como respuesta sólo le aguarda el anatema.

La fe robusteció las filas apristas permitiendo que las deserciones fueran escasas no obstante los grandes virajes que vendrían años después. Pero la fe, en los intelectuales apristas, condujo a una separación entre actuar y pensar. Cada año que transcurre, los libros de Sánchez se van desligando de la política. Haya, que criticó su *Dialéctica y determinismo*, se entusiasmó en cambio con *La Perricholi*, plagada de concesiones al tradicionalismo. Este, por su parte, se distanció del Perú, como se lo reprocharía Sánchez, para incursionar en la filosofía de la historia comentando a Tonybee o para escribir sobre las democracias escandinavas...

NUESTROS PEORES ENEMIGOS

Junto con la fe hay otra constante en esta correspondencia: el anticomunismo. En febrero de 1953, Haya califica a los comunistas como "nuestros peores enemigos" (p. 53, T. II) y meses después se entusiasma porque en sus me-

morias Ravines señala "mi anticomunismo" (p. 69, T.II). Confesión de parte... Podría ser comprensible luego de las ásperas discusiones y los enfrentamientos físicos entre apristas y comunistas de esos años, pero ese sentimiento es prematuro y no admite matices o excepciones: "Yo estoy seguro —escribe en 1938— que un linchamiento de comunoides, si quedan, será asunto descartado en cualquier estallido popular" (p. 318, T.I.). No parece incomodarle esa posibilidad; por el contrario. El anticomunismo militante lo lleva incluso a difamar, no se puede emplear otro término, a José María Arguedas, Xavier Abril, Waldo Frank... Es curioso que este anticomunismo adquiera ciertos ribetes antisemitas. Para insultar a Frank lo llama judío. Ravines es, como ya mencionamos, Judas y la ortografía de su apellido siempre aparece adulterada para asemejarlo al nombre de "rabino".

No obstante que Sánchez se había iniciado en la política disintiendo fuertemente con los comunistas antes de ingresar al APRA (2), hasta 1943 no compartió ese obsesivo anticomunismo de Haya. Como muchos otros apristas, había secundado a la república española. Allí Haya debió ceder: admitió que quienes tuvieran esa postura viajaran a España, pero evitando declaraciones verbales que pudieran hacer el juego a la III Internacional.

En contrapartida, la actitud del comunismo, después del sectarismo que delineó su actuación hasta 1935, varió ensayando una confluencia con el APRA, en la que se empeñaron desde Chile tanto Eudocio Ravines como Marcos Chamudes. El

P.C. del P. redactó un manifiesto, envió una carta semipública, recurrió a proponer entrevistas entre los dirigentes, todo esto sin alcanzar el menor resultado positivo (3). De esta manera, esta correspondencia nos recuerda que el "Frente Popular" ha tenido en el Perú, a diferencia de Chile, antecedentes poco promisorios.

Muchos otros aspectos podrían ser comentados. Quizá uno de los temas más apasionantes que omitimos es el temor de Haya a la corrupción del medio, a la abdicación de los ideales, seducidos por ese Perú oligárquico que los apristas pretendían derrumbar... Pero como en las tragedias clásicas, no obstante que se lo quiso señalar para evitarlo, ese fue el desenlace. "Diles a todos los muchachos —escribía en 1935— que piensen en esto, que piensen en la tremenda faena, que no se olviden que estamos operando en un terreno corrompido, tropical, sifilítico y maldito de civilismo" (p. 39, T.I.). A la postre el terreno pudo más que los hombres. La fe, en esta empresa terrenal, fue ineficaz. El camino de Damasco no condujo a la salvación.

(1) Víctor Raúl Haya de la Torre/Luis Alberto Sánchez. *Correspondencia*, Lima, Mosca Azul, 1982, II ts. Las cartas pertenecen al archivo de Luis Alberto Sánchez quien las ha editado, incluyendo un estudio introductorio y anotaciones previas a cada una de las cartas.

(2) *Archivo Histórico Riva Agüero*, L.A.S. a Riva Agüero, Lima, 27 de noviembre 1930.

(3) Sánchez, Luis Alberto. *Visto y vivido en Chile*, Lima, Editoriales Unidas, 1977, p. 37.

CARTA DE HAYA

Marzo 29, 1943

Querido Luis Alberto Sánchez:

Acaso esta vía sea más segura para contestar a tus cartas. Lamento al comentar que mi respuesta no pueda tener la extensión que desearía darle y que vaya un poco retardada.

Es curioso que tenga que contestar a tus cartas comenzando por referirme a las frases finales de la última. En ellas insinúas tu deseo de separarte de nuestro movimiento, formalmente, cuando llegue el triunfo, aunque dices que, en espíritu ya te sientes bastante desvinculado de él.

Me explico ahora el tono provocativo de tus últimas cartas, tu inocultable acrimonia, y tu arrogante desdén hacia nosotros y nuestro esfuerzo. Me explico también tus crílicos sarcasmos de los que traje sabor amargo de La Paz el joven poeta y estudiante Guillermo Carnero, hoy preso y tuberculoso, después de oír tus opiniones sobre la Convención de julio (1942), sobre mí y, sobre todos los que laboramos aquí.

A esto se une ahora —y qué desagradable es tener que aludir a esto tratándose de un asunto familiar en los que odio mezclarme—, la campaña abierta y domiciliaria de tu señora esposa contra el partido, contra mí personalmente y contra todo lo que a nuestro movimiento se refiere. Si no estuviera directamente informado acerca de esto no lo mencionaría. Pero creo que debo decírtelo, por ti mismo.

Tu desvinculación del país de tantos años no sólo te ha llevado a tener de nuestro movimiento una visión deformada y casi toda construida por tu poderosa imaginación,

sino que te ha llevado a equivocarte acerca de los hombres del campo enemigo nuestro. Es tan profunda la corrupción y tan medular la inescrupulosidad que cuando tú o en tu nombre, les insinúas cualquier pedido, aun el de que puedas venir con las garantías que sólo ellos se dan, ni siquiera adoptan la actitud discreta que sería aconsejable hasta por su conveniencia sino que se lanzan a la difamación, seguramente a la exageración y a la mentira, y parte de ellos a la calumnia y al lodo.

Dices tú —creo recordarlo de una carta que ahora está guardada en otro lugar de! que te escribo— que a ti no te importa el comentario. Eso también es indicio de desvinculación. Aquí, donde no hay otra libertad de expresión que el rumor, ha llegado éste a tomar tales formas de instrumento de publicidad que vale tanto como un diario y pesa mucho en la opinión pública. Por otra parte el público sabe distinguir, con un agudo instinto, aquello que pasa y lo que no pasa, como aquí se dice, de manera que para hacer efectiva una noticia tratan de rodearla de los mayores detalles probatorios de su verosimilitud. Con motivo del viaje de tu señora y de sus visitas, extensamente comentadas a los ministerios, de allí mismo (oído por los apristas que en todas las dependencias actúan organizadamente) han salido versiones que, ciertamente, corresponden al mismo jaez de los que han usado para encenegarnos en otras ocasiones. La gente ha tomado con reservas estas versiones, no así tus enemigos intelectuales y personales de otras épocas que han tomado esto como medio de calumniarte.

De izquierda a derecha: Ravines, Beltrán, Haya de la Torre, Odria, de espaldas Julio de la Piedra.

